



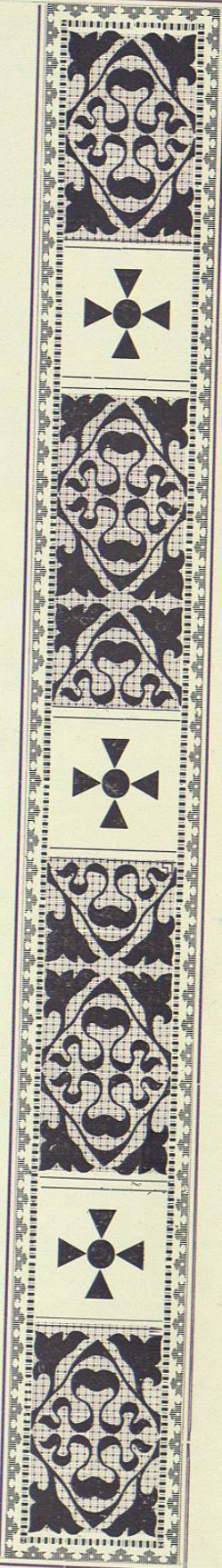

ENFERMEDAD, ❁ ❁ ❁



**MUERTE Y
EXEQUIAS ❁
DEL ILLMO.
Y RMO. SR.
ARZOBISPO
LOZA. ❁ ❁ ❁**


CO fiel del lúgubre plañir escapado de más de un millón de pechos desgarrados por el mismo intenso dolor; tela en que el seguro pincel retratar debería la puesta de un sol espléndido con todos sus matices crepusculares, contrastando con el paisaje melancólico que se dibujara en el opuesto confín, donde al apagarse la luz desplegaría sus velos la penumbra; lacrimatorio de bronce henchido de candentes y turbias gotas destiladas del alma; nimbo y aureola que permitiera destacarse entre sus doradas luces una figura admirable; tributo conquistado en que las parias se compusieran de corazones: todo esto ser debería el documento consagrado tanto á registrar en sus líneas la narración de las últimas horas del cuidadoso Pastor que, al llamado del Autor de la vida, ha tenido que alejarse para siempre de su Grey amada; como también á describir la desolación de las huérfanas ovejas, lanzando al aire, por valles, collados y montes, lastimeros balidos; y á retener, en fin, para la posteridad, la memoria de las ínclitas acciones del varón irrepreensible que holló siempre los senderos de la paz,



sólo conocidos del hombre que une á la sabiduría la prudencia, virtudes cuyos frutos son mejores, según el Libro Divino, que la granjería del oro de más quilates.

Tarea abrumadora es la que pesa sobre nuestros hombros, con intentar la empresa de erigir en estas páginas un monumento dedicado á la memoria inolvidable del gran Jerarca que rigió esta porción de la Iglesia Católica por más tiempo que ninguno de sus predecesores, haciéndose amar, admirar y venerar no nomás de los ortodoxos, sino aun de los mismos disidentes, que se sentían deslumbrados ante la blancura inmaculada de aquella alma que parecía reverberar los haces de luz del Eterno Sol, como la nieve de una alta cima irradia al ser herida por las flechas de oro del astro majestuoso que da vida al día y calor á nuestro globo. Tarea inmensa, es verdad; pero que se nos impone tanto por la voluntad de nuestros superiores, como por el propio anhelo fervoroso de rendir el homenaje de nuestro cariño y de nuestro agradecimiento al borde callado de aquella tumba, ante la que todo un pueblo atribulado repite, más que con las palabras con los hechos, las tiernas expresiones que la princesa griega escribía refiriendo la muerte de su padre Alexis Commeno: "¡Misol se puso y mi luz se extinguió!"

Humildísima resultará nuestra obra, porque nuestras fuerzas son escasas para levantar un aparato grandioso; pero así como pocos, que no sean vulgo, se fijan á primera vista en si es pobre ó rico el sepulcro que guarda los restos de un grande hombre, por abismarse entonces sólo en el recuerdo de las virtudes y heroicidades de aquel ser superior, así ahora pocos pararán la atención en los defectos de estas páginas, porque toda la arrebatará la memoria del esclarecido varón á quien se refieren.

* * *

Nadie como el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo D. Pedro Loza y Pardavé comprendió la importancia de la sentencia evangélica: "el buen pastor conoce á sus ovejas y sus ovejas le conocen á él": por eso en su larga carrera episcopal se le mira incansable andando de un punto á otro para vigilar el aprisco sometido á su cayado. Ochenta años había cumplido ya, cuando emprendió todavía con ánimo heroico su postrimera visita pastoral; pero ¡ay! antes de dos meses, debido á un accidente fortuito que le causó grave alteración en su salud, tenía que regresar á su Sede, obligado por las súplicas de los Capitulares sus delegados en el Gobierno de la Mitra, y por la prescripción facultativa, pues se temía que

su estado empeorara sufriendo las fatigas del camino y entregándose de lleno, como él lo hacía, al ejercicio de su sagrado ministerio.

Desde entonces el venerable Pastor venia languideciendo y sólo sostenía su cuerpo, agobiado por los antiguos sufrimientos de que fué víctima en defensa de su fe, y por la pesadumbre de la administración, la fortaleza de su espíritu, vigorizado por la tranquilidad de una conciencia recta y tranquila. Vez hubo—por el mes de mayo de 1896—en que se le creyera ya á las puertas de la muerte; y sin embargo, sobrevivió aún dos años á aquel trance de agonía, porque la Providencia deseaba que su nombre encabezara gloriosamente un hecho solemnísimo y jamás visto en nuestra Arquidiócesis, cual fué la celebración del I Concilio Provincial Guadalaquirense, y también porque juzgara necesaria su presencia para la ejecución ó adelanto de las muchas obras benéficas ó de otro orden efectuadas en tal período.

Las recaídas en ese lapso eran frecuentes; pero se le veía salir siempre triunfante de ellas, aunque cada vez más debilitado: la última ocasión que con vida todavía pasó en su carruaje por las calles de nuestra capital, haciendo un esfuerzo supremo, fué para visitar su querido Seminario, que acababa de instalarse interinamente en el edificio anexo al Santuario de Sr. S. José, y que celebraba su fiesta inicial de los estudios del año escolar que comenzó el 18 de octubre de 1898; al llegar allí y viéndole que difícilmente podía andar, sus clérigos le llevaron en silla de manos al interior del Establecimiento, como S. Juan en sus últimos días era conducido en brazos de sus fieles y discípulos. ¡Así casi exánime fué á darle su postrer adiós á aquella juventud inteligente á quien deja por herencia un soberbio asilo! Cuantos allí vieron al eminente Pastor, de majestuosa presencia en otro tiempo, consumido entonces por las enfermedades, pero haciéndose aún superior á ellas, como el general que cubierto de heridas va á revistar todavía los escuadrones predilectos que cree que le darán á su patria la victoria, todos sentían el corazón oprimírselos y el llanto rebasarles de los ojos de lágrimas.

Después de aquel generoso esfuerzo, apenas lo restante de ese mes, aunque andando ya trabajosamente, pudo el Sr. Arzobispo conservarse todavía en pie, gracias á la aplicación electroterápica á que lo sujetó su médico de cabecera el eminente Dr. D. Salvador Garcidiego, sirviéndose de la ayuda de su deudo el joven y aprovechado Dr. D. Mariano Sanromán. Pero al llegarse Noviembre, el pálido mes en que las brumas del paisaje invernal, coincidiendo con la celebración de los funerales de la familia entera de Adán, á los cuales dedicamos esos días,

como dijo el poeta cristiano sin segundo en nuestro siglo, hacen que el alma atribulada sienta horror de la tierra y como nostalgia del cielo; entonces, decimos, el intrépido paciente, acometido por la *grippe*, complicada con otros males, cayó gravemente postrado en su lecho, en su lecho de muerte: así sobre el anciano y cansado león una manada de lobos famélicos se atreven á lanzarse en cobarde manada, y logran derribarle, y hacen presa de él.

A los tres días de aquella gravedad, contándose 4 del citado noviembre, el expertísimo y prudente Antistício, en previsión de lo que Dios se dignara ordenar acerca de él, puso el gobierno de la Arquidiócesis en manos de los Sres. Arcediano D. Florencio Parga y Chantre D. Guadalupe García, este respetable Capitular sólo ínterin regresaba de un viaje que había emprendido el Sr. Dean Dr. D. Francisco Arias y Cárdenas, que era el llamado en primer lugar para el ejercicio de aquel importante cargo; y decidió luego, considerándose en peligro de muerte y queriendo dar el ejemplo de lo que debe hacerse en casos semejantes, recibir los últimos Sacramentos.

En consecuencia, á las diez y media de la mañana de aquel día fué llevado del Sagrario al Arzobispado el Divínísimo, y recibido en este edificio con la debida solemnidad. Bajo níveo palio de seda con flecos de oro, las varillas del cual sostenían los seminaristas llevando manto y beca, el Sr. Arcediano, revestido de capa magna, como los demás miembros del Consejo Arquiepiscopal, conduxo la Divina Forma procesionalmente, por entre una valla formada de sacerdotes y seculares candelas encendidas en mano, y sobre una alfombra formada de ramilletes de flores, hasta la cámara del preclaro enfermo. Alegrementé, sin embargo, como agitada por la mano del Angel que recibe en una copa de oro las lágrimas que derraman los humanos que con humildad acatan la voluntad del Cielo, iba sonando la campanilla del Viático, para anunciar que allí era llevado el Manjar Divino que consuela todas las tristezas y da vida verdadera y eterna al que lo come con las disposiciones debidas.

En su modesto lecho, colocado en uno de los ángulos de la habitación, el virtuosísimo Prelado, sostenido por almohadones y por los brazos de su fiel Mayordomo el Sr. Presb. D. Ignacio Zermeño, aguardaba con recogimiento la llegada del Divino Huésped que se dignaba ir á confortarlo. Con El entraron á la reducida estancia sólo las personas más notables de la comitiva y aquellas otras cuya presencia se hacía necesaria en tales momentos, quedándose las demás arrojadas en la biblioteca inmediata y en los corredores adyacentes á ella.

¡Qué imponentes instantes esos! El Sr. Arcediano recitó la

profesión de fe, que comenzó á repetir en alta voz el Illmo. Sr. Loza, pero la cual después sólo pudo seguir diciendo interiormente, porque la fatiga agotó aquella pristina energía. Recobró ésta, sin embargo, cuando, al ir ya á dársele el Pan Eucarístico, *Domine, non sum dignus*, exclamó por tres veces, con una entonación fervorosa en que puso toda su alma.

En seguida, el Sr. Cura del Sagrario, Dr. D. Manuel Escobedo, procedió á ponerle al venerable enfermo los Santos Oleos, el bálsamo refrigerante con que la Religión Católica, toda caridad, y en nombre del Salvador, como lo prescribió el Apóstol Santiago, auxilia á los enfermos.

Los concurrentes á esas conmovedoras escenas se retiraron de aquel lugar, atribulados sí, pero también edificados al ver la resignación con que el virtuosísimo anciano, el Osio del Episcopado de nuestra patria y lustre de la Iglesia de Guadalupe, se sometía á las celestiales disposiciones, con igual entereza á la que demostró en otros tiempos al seguir el camino del destierro, sin temor alguno á la mudanza de la ardorosa temperatura de nuestras costas del Poniente, por el clima helado de la América del Norte, y con la misma con que, en caso necesario, hubiera sacrificado inmediatamente su vida por cumplir con su deber pastoral. ¡Ah, el Señor Loza como carácter rayaba en lo sublime!

En tanto, la noticia de este acontecimiento sacramental, hecho no esperado por la mayoría, iba corriendo de boca en boca entre los vecinos de la ciudad y llenando de consternación los ánimos: puede asegurarse que desde aquel punto la morada Arquiepiscopal se veía como asediada por la gente del pueblo—entre la cual tantos socorros caritativos distribuía periódica ó extraordinariamente el enfermo,—á la vez que otra gran parte de la sociedad penetraba continuamente, á la deshilada ó en grupos, á recabar noticias del estado del exímio Pastor; y el Clero todo, sin discrepancia, en aquellos tristes momentos se afanaba por manifestar la adhesión que tenía á su Illmo. Jefe, disputándose la honra de pasar las noches en vela cerca de él, acompañando á los otros Eclesiásticos Familiares del paciente.

Contribuyó á aumentar la resonancia de la penosa noticia, una Circular expedida por la Curia Eclesiástica, en que ordenaba, con fecha del mismo día 4, que se implorase del Cielo, en todos los templos, el recobro de la preciosísima salud del Illmo. Sr. Arzobispo.

Por otra parte, el telégrafo sin cesar funcionaba para toda la República, recabando y comunicando noticias acerca de las alternativas del estado del muy respetable paciente; y toda la prensa del país, sin distinción de colores, se cuidaba